

Editorial

Liliana Barela¹

Este número de Testimonios está dedicado a distintos aspectos de las décadas del 60 y 70. Desde hace algunos años que se ha prestado a esa época una atención inédita que manifiesta en muchos ámbitos como la cultura, el arte, la política, pero sobre todo tiene correlaciones con hechos de mucha actualidad, por un lado, fueron jóvenes de esa generación quienes tienen en sus manos la implementación de políticas hoy, y por el otro, en forma cotidiana recibimos noticias del largamente esperado juzgamiento de los responsables del genocidio ejercido durante la última dictadura.

Nada de esto es obra del azar. Desde los años ochenta, se ha recorrido un largo y sinuoso camino que tuvo como protagonista la tenacidad de los que lucharon por la verdad, la memoria y la justicia. En los primeros momentos de la democracia, el informe de la CONADEP y el subsiguiente Juicio a las Juntas implementado en 1984, fueron hechos únicos en el mundo que obtuvieron un amplísimo apoyo social. Quizás haya colaborado a formar ese consenso la interpretación conocida como la “teoría de los dos demonios”, que simplificó el proceso histórico de modo tal que la gran mayoría de la sociedad pudiera identificarse con las víctimas “inocentes”, y evitara contradicciones éticas e ideológicas, inevitables para quienes vivimos en la Argentina de aquella época. Pero el costo también fue

¹ Liliana Barela – Presidenta de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina y directora de Testimonios.

alto: supuso dejar al margen de la responsabilidad a muchos grupos de poder e instituciones que apoyaron activamente el accionar del gobierno militar, no discutir los aspectos económicos y sociales de la dictadura (es decir sus causas y objetivos más profundos) y también, borrar la identidad política e ideales de quienes fueron el objeto de la represión, so pena de no ser reconocidos como “inocentes”, es decir, como víctimas. Poco mas tarde se sancionaron las llamadas “leyes de la impunidad” (Punto Final y Obediencia Debida) y luego los indultos. En los noventa todo volvió a “fojas cero”. El discurso de la reconciliación y el olvido prometía a cambio un lugar privilegiado en el mundo globalizado, mientras se implementaban políticas neoliberales de destrucción del estado y reestructuración económica y social, que guardaban sospechosa continuidad con los objetivos incumplidos del gobierno dictatorial.

¿Qué es lo que produjo el cambio que vivimos en la actualidad? Estamos convencido que, fundamentalmente, se lo debemos a las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Lucharon con una continuidad asombrosa. Fueron la única luz durante la dictadura, una fuerza irresistible que arrastró al conjunto social con sus consignas de justicia en la apertura democrática y, en los noventa, cumplieron su papel más difícil: mantener su organización y su acción su acción, aún cuando toda esperanza parecía perdida.

La labor comenzó a dar frutos en la segunda mitad de la década del 90, cuando se hicieron evidentes las primeras fisuras del modelo neoliberal y nuevas generaciones de jóvenes comenzaron a preguntarse por su presente y futuro, volviendo la mirada atrás para encontrar respuestas. Los universitarios se abocaron a investigar quiénes eran, qué pensaban y que habían hecho los militantes de los años 60 y 70. Se inventaron nuevas formas de lucha en todos los ámbitos: organizaciones de desocupados, fábricas recuperadas, Juicios por la Verdad, las organizaciones de hijos, escraches, abogados que buscaron y encontraron grietas en la legislación,

logrando reencarcelar genocidas por delitos por los cuales no habían sido juzgados, como la apropiación de niños. Finalmente, y después largos vericuetos jurídicos, se logró la anulación y declaración de inconstitucionalidad de las leyes de impunidad y los indultos.

Recién hace cuatro años el Nunca Más tuvo un nuevo prólogo donde no aparece el concepto de los “dos terrorismos”, y en el cual se vincula el genocidio con las políticas económicas y sociales y se señala la responsabilidad de organizaciones de la sociedad.

Ya pasaron treinta y cuatro años del golpe militar y cada semana es noticia el encarcelamiento de un genocida, el emocionado encuentro de una mujer o un hombre de treinta y pico de años con su verdadera familia e identidad, el testimonio de alguien que no se había aún a hablar o pruebas físicas que parecían irrecuperables.

Gracias a todos los que hicieron que esto fuera posible. En esta nueva vuelta de la historia y desde nuestro modesto lugar, queremos sumar este número de testimonios a la lucha por una memoria total, sin exclusiones, que permita reflexionar sobre nuestro pasado, único modo de vivir plenamente el presente e imaginar un futuro.